Cuchillo invisible

Violencia: Acción injusta con que se afecta o perjudica a alguien.

El feminismo ha sido la vía para reconocer las formas de violencia que pesan sobre las mujeres. Por supuesto, esta conciencia es indispensable para cambiar la condición que hemos padecido durante siglos. Sin embargo, el análisis no puede quedar ahí. Es cierto que podemos ser víctimas del sistema, de los maridos, de los jefes y de los desconocidos con los que nos cruzamos por la calle. Pero también, en muchas situaciones somos verdugos. Y esto debería asombrarnos, es una respuesta lógica a la violencia que nos rodea.

Las mujeres no somos corderitas inermes; es necesario cambiar esta autoimagen, porque es degradante y además, es falsa. Naturalmente, entre nosotras existe toda la gama de temperamentos, pero en términos generales podemos decir que todas poseemos cierta dosis de fuerza y capacidad de agresión, sin la cual no lograríamos sobrevivir.

Nuestra violencia puede llevarnos a cometer actos brutales, pero no es lo más frecuente. Esto, hace suponer que la capacidad de lastimar es ajena al sexo femenino. Sin embargo, la violencia se manifiesta de muy variados modos, algunos poco espectaculares, si bien igualmente demoledores. Es así como la mayoría de nosotras hemos aprendido a atacar.

El papel de víctimas amantísimas que hemos heredado nos lleva a acometer en forma soterrada, por abajito del agua, como que no quiere la cosa. El arma predilecta de quien representa este rol es la culpa, cuchillo afilado que paraliza.

Por desgracia, con demasiada frecuencia el primer blanco de la culpa somos nosotras mismas, provocándonos enorme confusión y otros estragos que pueden llegar hasta la locura. La autoculpación nos pone a girar en un círculo vicioso porque retroalimenta la sensación de ser víctima.

Otro destino habitual de esta forma de violencia son los niños. Esta, en realidad, es una variante de la autoagresión, porque los hijos —generalmente— son de las personas más cercanas y queridas. Alguien decía que cuando una mujer tortura a su hijo es como si se azotara ella misma contra las paredes.

Es cierto, cuando nos vivimos como víctimas echamos hacia adentro gran parte de nuestra violencia, pero también sabemos volcarla, mata callando: eres culpable. Culpable de que yo tenga que hacer lo que no quiero, de que no pueda hacer lo que quisiera...

Quien es culpado —desde luego en una relación afectiva— no sabe qué hacer, no puede acercarse o alejarse, queda inmovilizado. De este modo sólo nos aseguramos de no recibir el apoyo, la comprensión, o el estímulo que realmente necesitamos.

Damos cuenta de esta situación puede significar la ruptura de una dinámica que sólo se da con nuestra participación activa como víctimas. Pero esto sí, en serio, implica un cambio interno del papel "femenino" que sabemos jugar. Y un salto de este tamaño provoca pánico.

Para dar un ejemplo, imaginemos esta escena:

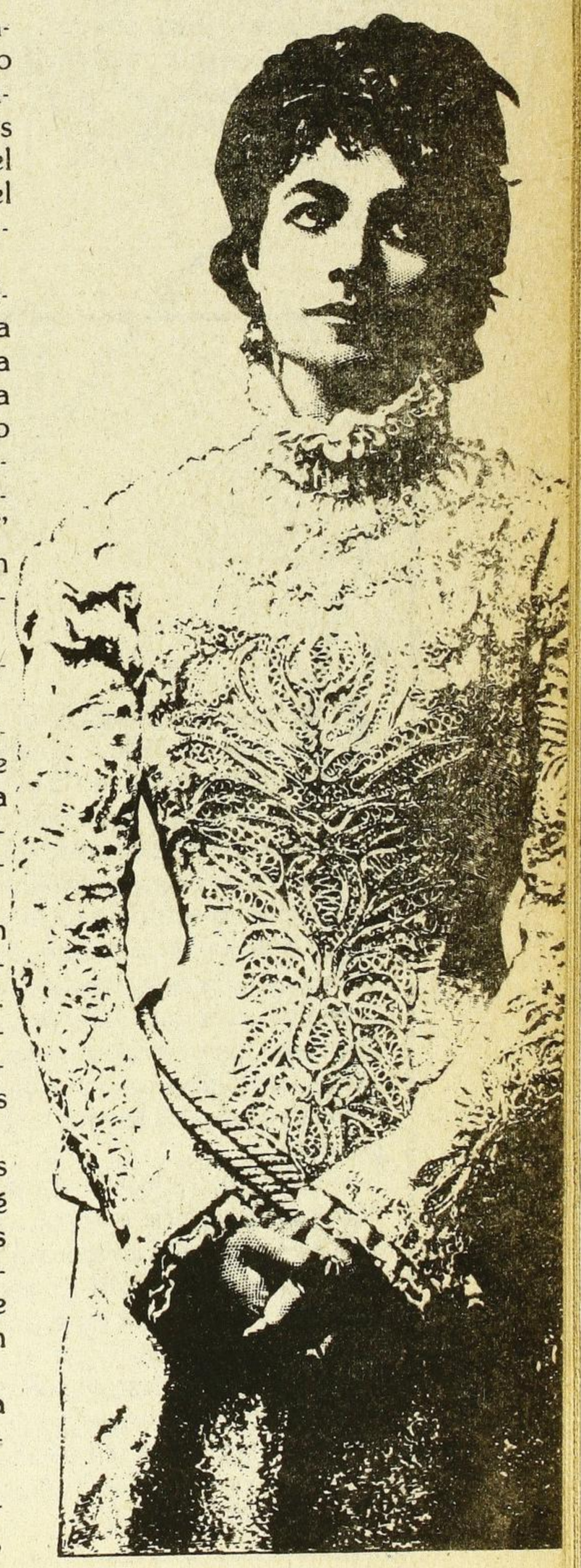
Una mujer se queja amargamente de los abusos que los otros cometen contra ella (léase marido, hijos, compañeros de trabajo, camaradas, o cualesquiera otros).

Mujer— No me registran como persona, sólo me utilizan, se aprovechan de mí. Me siento tan cansada y nadie me ayuda. Todo lo tengo que hacer yo, si no las cosas no marchan...

Alguien— Pues no hagas lo que no quieres. A ver qué pasa. Explícales que estás cansada, que esta vez tú necesitas ayuda. Yo creo que sí te responderían, no son ningunos malvados.

Terror en la mirada. La mujer se repone y argumenta.

Mujer— Bueno, en realidad no me molesta hacerlo,



hasta me gusta. Sólo que quisiera que ellos no fueran tan... no sé, que se dieran cuenta e hicieran algo.

No es fácil abandonar el papel de víctima porque la verdad es que ofrece sus gratificaciones. Da una sensación de heroícidad; en el fondo, la víctima se siente la más buena, la mejor.

Por algo la palabra martirio significa al mismo tiempo suplicio y aureola; la mujer que se sacrifica por los otros adquiere un lugar central, indispensable, que le concede algún poder sobre aquéllos por quienes entrega su existencia. Esto puede ser muy placentero y pavorosamente violento.

La víctima impide todo movimiento que quede fuera de su control; de esta manera detiene su propio crecimiento y el de los demás. Quizá el caso más ejemplar sea el de la mujer que hace todo por sus hijos, pero esta situación se repite en todo grupo humano en el que alguien juega este papel. El precio es muy alto: es renunciar a la posibilidad de entablar relaciones igualitarias, en las que cada quien se responsabilice de sí.

A veces justificamos nuestra actitud sufrida en aras de algún proyecto —ya sea la permanencia de la familia, el bienestar de los hijos o la continuación de algún trabajo de grupo— pero esto resulta muy discutible. ¿Vale la pena un proyecto que se sostiene sobre relaciones de este estilo?

Es comprensible que las mujeres hayamos desarrollado los mecanismos de la víctima para hacernos presentes en un medio que nos nulifica, para canalizar la violencia que nos han prohibido sentir, para responder de algún modo a las agresiones externas. Pero parece que no es un camino certero.

Si logramos sacudirnos este condicionamiento y situarnos en la vida en un lugar distinto, desde otra perspectiva, quizá cambiemos un montón de situaciones que ahora nos lastiman. Claro que no es algo sencillo. Por un lado, los demás están acostumbrados a tratarnos como víctimas y muchas veces, de hecho, abusan de quien juega este rol; puede ser muy cómodo contar con una mujer dispuesta al sacrificio. Por otro lado, si nosotras hemos construido una autoimagen de martirologio, es posible que enfrentemos una crisis de identidad al dejar atrás el papel de víctimas. Sin embargo, la posibilidad de acceder a una nueva condición femenina, fuerte y digna, merece correr éstos y muchos otros riesgos. No sabemos que pasaría entonces con nuestra capacidad de ser violentas, pero podemos imaginar que se encaminaría a batallas más constructivas.

El paraíso de Mahoma

Eduardo Galeano

Quedan los dados. Una india sostiene el candil. Desnuda se la lleva quien la gana, porque sin ropas la ha apostado quien la pierde.

En el Paraguay, las indias son los trofeos de las ruedas de dados o naipes, el botín de las expediciones a la selva, el motivo de los duelos y asesinatos. Aunque hay muchas, la más fea vale tanto como un tocino o un caballo. Los conquistadores de Indias y de indias acuden a misa seguidos de manadas de mujeres. En esta tierra estéril de oro o plata, algunos tienen ochenta o cien, que durante el día muelen caña y por la noche hilan algodón y se dejan amar, para dar a sus señores mieles, ropas, hijos: ellas ayudan a olvidar las riquezas soñadas que la realidad negó y las lejanas novias que en España envejecen esperando.

—Cuidado. Van a la cama con odio— advierte Domingo Martínez, padre de infinitos mestizos y futuro fraile—. El dice que son las indias rencorosas y testarudas, siempre ávidas de regresar al monte donde las cazaron, y que no se les puede confiar ni una onza de algodón porque lo esconden o lo queman o lo dan, "que su gloria no es sino echar a perder a los cristianos y destruir cuanto hay". Algunas se han matado ahorcándose o comiendo tierra y hay quienes niegan el pecho a sus hijos recién nacidos. Ya la india Juliana mató una noche al conquistador Nuño de Cabrera y a gritos incitó a las otras a seguir su ejemplo.

Coplas del mujeriego,
del cancionero español

Como los moros gastan
siete mujeres,
También los españoles
gastarlas quieren.

¡Ay, qué alegría,
que ya se ha vuelto España
la morería!

Querer una no es ninguna
querer dos es falsedad
querer tres y engañar cuatro,
¡eso es gloria que Dios da!

Eduardo Galeano, *Memoria del Fuego. I. Lo nacimientos*, México, Siglo XXi, p. 145-146, 330 p.